

SEMANA SANTA ASTORGA

DECLARADA DE INTERÉS TURÍSTICO NACIONAL

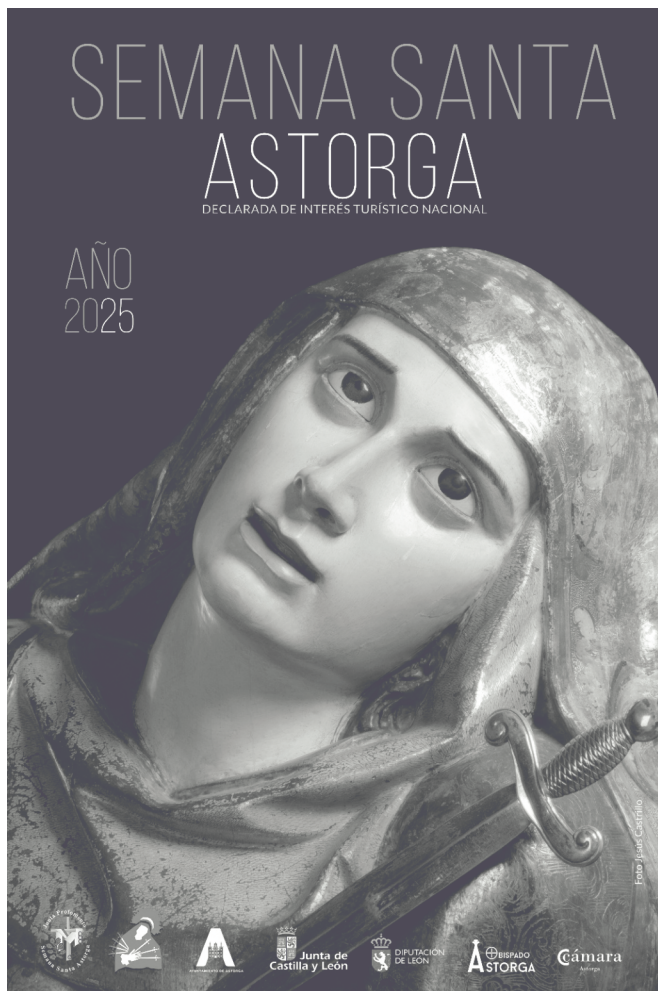
AÑO
2025



Foto Jesús Castrillo



D. Magín González Rubio



Pregón de la Semana Santa de Astorga 2025

S.A.I. CATEDRAL, 5 de abril de 2025

PREGÓN
DE LA SEMANA SANTA DE ASTORGA
5 DE ABRIL DE 2025
S.A.I. CATEDRAL DE ASTORGA

ME ALEGRO

Magín González Rubio

“Magín Revillo”

“La fe no es creer en cosas, es creer en Alguien”

José Luis Martín Descalzo

“La procesión es un acto público de profesión de fe”

Miguel Ángel González García

Dedicado a dos pregoneros de nuestra Semana Santa:
Juan María González Gullón, mi padre, y Alberto Delgado
Cebrián, su amigo, por enseñarme a descubrir por qué los
astorganos siempre se alegran.

Era un día cualquiera, pero, lo que sí es seguro, es que estaba en Astorga. No me pregunten por qué, pero esta ciudad imprime carácter y en su primer saludo, en su primera pregunta, es difícil equivocarse: pensar que has llegado a cualquier otra parte que no sea Astorga. Todos lo hemos escuchado. Ustedes mismo lo han preguntado más de una vez.

- ¿Cómo estás? Que bien se te ve.
- ¿Cómo te va la vida?
- Me alegro.

Estamos a las puertas de la Semana Santa, y no dejamos nunca de ser tan astorganos como de costumbre. Nos alegramos, siempre gracias a Dios. No escatimamos la alegría cuando nos saludamos, cuando nos vemos o nos volvemos a encontrar a la vuelta de una esquina. **Me alegro.** Porque después de todo, Astorga, nuestra Astorga, mi Astorga, es un barrio muy grande donde todos creemos conocernos. Y si no nos conocemos, lo disimulamos muy bien, porque siempre nos alegramos.

Yo también me alegro y agradezco ser el pregonero de la Semana Santa de Astorga este 2025, frente a este Cristo de las Aguas, en este año jubilar dedicado a la esperanza y que, siempre, nos recordará el sello del Papa Francisco. Me alegro y agradezco a la Junta Profomento, a su presidenta doña Raquel Rodríguez y a las ocho Cofradías, Hermandades y Archicofradía que ella representa. Agradezco y me alegro de ser, por unos momentos, en la Catedral de Astorga, el “oficiante” de uno de esos ritos que ya se han convertido en costumbre. Y me alegro de que sea aquí, para descubrir que siempre podemos dar valor a las cosas no por lo que valen sino por lo que significan.

Estar a los pies de este altar, también obliga al saludo y a pedir perdón al señor obispo, don Jesús Fernández. Perdón por suplantarle y hasta sucederle como pregonero en este su templo mayor, al frente de este retablo que no deja de ser una Biblia viviente y hermosa donde Gaspar Becerra ha jugado con relieves y tamaños para cargarnos de fe, para acercarnos o hacernos soñar -sin escatimar colores- que debemos aprender a ganarnos la vida eterna. Soñar después de haber descubierto- nos los dijo nuestro paisano José Luis Martín Descalzo- que *“la fe no es creer en cosas, sino creer en Alguien.”*

Doy la bienvenida al señor alcalde, don José Luis Nieto, al coronel del acuartelamiento Santocildes y futu-

ro jefe del RALCA 63 de Astorga, don Santiago Calderón, al resto de autoridades religiosas, civiles y militares que nos acompañan, a los presidentes, damas y cofrades, a los hermanos de mi Real Hermandad de las Cinco Llagas, a mis familiares y amigos, a todos y a los más fieles que después de casi cuarenta días de Cuaresma esperan gozosos la señal alegre del Salvador, el Señor Jesús que llegará montado en borriquilla para sumarse a las bodas de oro de la parroquia de Rectivía y que sabe -era el único en saberlo hace más de dos milenios- que después del domingo, de las palmas y de los ramos, espera la última cena, el silencio, la oración que aquí nos obliga a mirar hacia la montaña sagrada, para esperar que desde el Teleno no bajen los fríos, los fríos o el calor, porque esta Semana que llamamos Santa -sea cual sea el tiempo- acabará helándonos el corazón.

Pase lo que pase, pregonó que en Astorga serán días para sumar enteros a la nueva Pasión, para exteriorizarlo al son de tambores y trompetas, incluso de carracas, música celestial firmada por bandas propias o ajenas. Música siempre para terminar envuelta en un silencio que solo romperá la Resurrección gozosa del Hijo que vuelve a ser Dios en toda su inmensidad y gozo. Así somos, así seremos y lo haremos una vez más. Primero, llamados al recogimiento, a la meditación. Señas inconfundibles de nuestra identidad. Sobrecoigimiento que nos eleva, que hace propia y diferente nuestra Semana Santa astorgana. Sencilla pero extraor-

dinaria para no perder nunca la esperanza siempre repetida en un domingo glorioso representado -como lo será toda la Pasión- en el atrio de esta Catedral.

No podemos olvidar ni quiénes somos, ni a dónde vamos. Vivir en la calle, con nuestras procesiones y nuestras cofradías, un tiempo nuevo. Una vida nueva en esta ciudad que nos pide a voces no dejarla morir como en otro tiempo dejamos perder al mismísimo Hijo de Dios. Pero nuestra coartada, salta a la vista. Somos astorganos y como es Astorga sabemos siempre alegrarnos. Alegrarnos porque hemos aprendido a vivir amurallados, a no dejarnos ganar por quienes no sean amigos o quienes no pongan ante nuestros ojos un santo y seña de paz, de esperanza, de ilusión.

Es toda una provocación la que está al alcance de nuestros corazones, de esa nuestra fe que debería mover montañas. Llega Jesús el de Nazaret dispuesto a recordarnos que no somos nadie sin El, si no sabemos dejarlo todo y seguirle. Y para que su mensaje nos lo tomemos en serio, vamos a prestarle nuestras calles, esta Catedral, la iglesia de Santa Marta y la capilla a su lado, San Esteban. La iglesia más cercana a nuestro Ayuntamiento, la que llamamos San Bartolo, con la venía de don Emilio empeñado durante años en enseñarnos que debemos decir San Bartolomé. Vamos a prestarle, también, las parroquias de Puerta de Rey, de Rectivía y de San Andrés, San Julián hoy Fátima, las capi-

llas, en el seminario, en el cuartel, en el asilo, los frailes, para que haga lo que El solo ha sabido hacer por el ser humano: dar su vida por nosotros.

El mensaje de esta Semana Santa es el mismo que se repite desde hace siglos, solo cambia el envoltorio. Por eso, en este siglo XXI, aunque igual, todo es diferente. Diferente como este pregón que hace 41 años tenía a mi propio padre decelebrante. Si me comparo con Juan María González Gullón, no es necesario que diga que, a su lado, yo no soy digno ni de llamarme pregonero. Pero sí que, gracias a él, y a mi madre Angelines Rubio Fuertes, puedo entender y comprender lo mucho que va a estar en juego en esta nueva recreación de la Pasión que nos despierta, que nos convoca y que sin permitirnos el olvido vuelve hacernos sentir pueblo en busca de su Señor.

Astorga enamora y si esta ciudad nos enamora y nos hace soñar en muchas ocasiones con estar a las puertas del paraíso, lo que estamos dispuestos a volver a vivir, lo que nos trae y nos deja nuestra Semana Santa de Astorga, es algo más que historia y vida. Tenemos la obligación de contar en voz alta nuestras muchas semanas santas. Tenemos la obligación de contarlo y sobre todo contarlo a nuestros hijos, a nuestros nietos, a los amigos de nuestros hijos y de nuestros nietos. Y siempre alegrándonos como supo entender y cantar otro pregonero de esta Semana Santa llamado Alberto Delgado

Cebrián.

Es bueno recordar. Que la memoria nos lleve más allá de tambores y trompetas. Hasta más allá de procesiones, pasos y cofradías. Es necesario volar alto, más todavía cuando los grajos nos abandonan y a cambio son las cigüeñas las que nunca acaban de irse como si fuesen anuncios perpetuos de esa nueva vida que solo parece estar en nuestros sueños del ayer. Pero eso no sería nada, nada, sino somos capaces de pisar con fuerza el presente, sino somos capaces de soñar con el futuro. Si no aprovechamos las tinieblas para conocernos mejor, para descubrir que hasta quien dijo ser la luz de mundo tuvo también que aprender a lidiar con la obscuridad y hasta con la traición.

Y a pesar de todo, o también por eso, sea cual sea nuestro estado de ánimo debemos alegrarnos para pregonar experiencias, idas y venidas, nuestra Semana Santa. Esta y aquella no tan lejana en el tiempo donde salíamos a “matar judíos” sin ofender a nadie. Sin discotecas ni cines porque todavía los había. Con visita a los monumentos, con las imágenes de vírgenes y santos tapados y de luto. Con el juego ilegal de las chapas en el Casino, donde -todavía en mi tiempo- Agustín Fernández era un maestro, por no hablar de los más antiguos -que yo no ví- apostados, con las dos “perronas” volanderas, en las paredes de nuestras murallas.

Santa Semana, siempre con sueño y con niños a los que levantar temprano para ver el Encuentro si es que antes un cofrade -como mí tío Luis Rubio Fuertes- no había puesto el despertador para que, sin ver salir el sol, tuviese tiempo de organizar a su aire la procesión de los judíos. Los únicos con nombre y con historia a los que perdonaron más los invasores franceses que algún obispo o párroco de esta diócesis. Ahí llegan, entre otros, Cantero, Morralero, Cireneo, -y sin faltar la Jacinta -acompañando la subida de San Juanín antes de su ya histórica carrera en la Plaza Mayor. Se hace necesario compartir a voz en grito si sois capaces de rebautizar con el apodo de Cañinas, -o de “legaña” o “legañina”- a vuestros propios hijos, como lo hacía mi abuelo Magín Revillo, antes de poder despegarnos de las sábanas el día de Viernes Santo para salir corriendo a la cita sagrada. O todavía más, cuando pasó el tiempo y sus nietos fuimos tropa, nos tachaba con cariño de “peste”, castigo y recurso celestial, sin impedirle repetir noche y día esa exclamación tan nuestra que dice *“cuando será domingo para ir a misa”*.

No olvidaros de airear túnicas y caperuces. Almidonar y planchar esos trajes que lucirán paparrones hoy ya mujeres y hombres capaces, también y sin distinción de sexos, de convertirse en braceros y bailar el dolor de un Crucificado que lanza hacia arriba su grito desesperado al Padre, pero, que democratiza su salvación y la del pueblo que le contempla extasiado y agra-

decido, y que le mira en silencio, horrorizado por esas manos y esos pies clavados al Madero.

Compartir risas y llantos, rezar en público y en privado, pedir por esa Paz que se nos resiste. La guerra que no cesa, en Ucrania sin ir más lejos o donde empezó todo, en la mismísima Tierra Santa. Rezar y pedir por este mundo cada día más caliente donde hasta una DANA, no pudo llegar a robarnos del todo el vivir y hasta vivir mucho -y a veces sin fundamento- porque hasta la vida la hemos convertido en moneda de cambio. Esclavos de tantas cosas a pesar de creernos capaces de no someternos a nada. Por eso pedir, rezar para que en nuestra mesa no falte tampoco un Judas al que perdonar después de aprender a perdonarnos nosotros mismos. Ser capaces de abrir la muralla para que corra el aire, para que nos traiga otro talante, para ver al prójimo como ese compañero de Jesús que, aunque ladrón, acabó sentado en el reino del Padre antes del amanecer y sin necesidad de llegar a ver las “rubianas” de nuestras puestas de sol.

Astorga es así. Fue y ha sido siempre así, aunque el paso del tiempo haya multiplicado sus arrugas y desmaquillado su estampa. La “bimilenaria” está y sigue estando en plena forma. Necesitada de avanzar sin excluir, porque nada es igual, pero en las diferencias también lucen sus encantos. Lo dice un pregonero que fue niño del Vil populacho, “*Vivo pulacho*” que decían en

la Vera Cruz como recordaba otro pregonero, José Antonio Carro Celada, *“después de conseguir juncos en la ribera de la Eragudina o mimbres en las paleras de la Fuente Mineral.”* Fui niño que salía en todas las procesiones y disfrutaba como ahora veo que hacen los hijos de mis primos, y no mis hijos a los que confieso -desde mis recién cumplidos 70 años- confieso no haber educado para la causa. Aunque sí y siempre para saber alegrarse.

Mi Semana Santa empezaba con el extra de El Pensamiento Astorgano. Con la foto repetida -corona y cruz al hombro- del niño tío Vicente. Mi Semana Santa empezaba y empieza en la cuesta de San Justo de la Vega, el mismo sitio, desde el mismo lugar donde dicen que santo Toribio sacudió sus sandalias para no llevarse esta ciudad ni el polvo que todavía respiramos. Sin ánimo de faltarle al respeto, me pregunto todavía hoy como un santo pudo tener tan pocas luces: marcharse de Astorga y no llevarse ni unas mantecadas o algún sobre de cecina que solo para él podrían ya haberse inventado. Será por ello, que de patrón y obispo santo de la diócesis le hemos hecho un poco de menos para tributar y honrar, en esta ciudad, a nuestra Santa Marta con ese mismo reconocimiento que al menos -como perdón y penitencia- le obliga al santo a compartir honores

Así todo y por todos, pido perdón a ese nuestro Dios. Y aunque no se debe jurar, juró y pido también per-

dón porque como pregonero estaría encantado de volver a sentarme -con los que ya no están- en un balcón de Astorga, en la esquina de una plaza, en la calzada estrecha de una calle para demostrar que Amor con Amor se paga. Revivir aquellas procesiones que siempre han sido y serán -seguirán siendo- solemnes y multitudinarias. Por eso Astorga ha tenido un seminario mayor y un cuartel para hacernos más grandes, más felices y compartir nuestra propia historia -escribiéndola- protagonizándola en ocasiones que nunca olvidaremos.

Aquel Entierro donde los seminaristas -solo los elegidos, porque entonces eran un montón- portaban las bandejas de plata con los atributos de la Pasión y el regimiento, los artilleros de gala y de luto con guantes blancos, acompañaban a la sagrada urna del Cristo yacente con los fusiles al revés. Aquel cuartel multitudinario que daba vida y participaba de las tradiciones de la ciudad, como ese capitán, Arturo Fresno, que pintaba las farolas de la pasión antes de contraer matrimonio con la maragata recién desaparecida Odila Panero. Hoy aquello es tiempo pasado y como tal no debe ser nunca distracción, para no creer en un futuro mejor, en un presente que empiece por nosotros mismos. Por esa necesidad de alejarnos del pesimismo reinante, de la bronca y el ruido mediático cada vez más frecuente para no seguir abonando ni la desconfianza, ni la discordia ni el sálvese quien pueda.

Llega el tiempo para mirarnos hacia adentro, para encontrarnos, para conocernos mejor mientras El muere en la Cruz, y nos obliga cuanto menos a hacernos cientos de preguntas. ¿Qué está pasando? Ya no es necesario ni estamos dispuestos a construir catedrales, pero no somos ni siquiera capaces de arrimar el hombro para arreglar unas cuantas goteras. Nos mortificamos con letanías interminables para descubrir cómo, dónde hemos dejado nuestra fe. Seguimos pensando que la Iglesia es de otros, incluso podemos alegrarnos si decimos que es nuestra... pero cada vez más, es difícil reconocerla como la viva imagen de quien está por regresar a Astorga con la buena nueva de dar su vida para salvarnos.

Aparentamos preocupación porque el mundo está lleno de descreídos, pero preferimos echar la culpa a los otros sin acabar de hacernos culpables a nosotros mismos. Esta es la casa de todos, pero, cuando muchos son los que no quieren sentarse a la mesa, una Semana Santa tiene que ser mucho más que recordar lo que solo El hizo sin acabar de aprender sus consecuencias. Amar al prójimo es tan difícil o tan fácil como alegrarse con el recién llegado, con el que viene en patera o con el que busca solo a nuestro lado el derecho a una vida mejor. Amar al prójimo es el secreto para seguir alegrándose todos los días sin ponerse medallas y sin obcecarse con un pasado que difícilmente regresará para demostrarnos que no puede vivirse eternamente en el recuerdo y

en la nostalgia.

Y claro, por eso también no podemos olvidarnos de Ella. No olvidarnos de esa Madre Dolorosa, siempre Madre, a la que este año coronaremos en septiembre y que nos permite, siempre llena de Piedad, y en todo lugar, acercarnos y arrogarnos la categoría de hijos. Hijos tan singulares y especiales como nuestro querido cofrade José Antonio Juárez Seoane, “Jajus”, adelantándose a todos, haciéndose dueño de una primera fila, o mejor aún, colocándose al lado de Ella sin necesidad de logos ni juicios de penas. Solo con Ella. Una de las caras más triste de esta pasión visual que llenará todos y cada uno de los rincones maragatos. Su estampa más real queda prendida en Soledad esa mañana de viernes santo, como quedará ya el anuncio en su novena, en su primera y en su última procesión, principio y fin de todo y de todos que para eso también celebramos, antes de la Semana Santa, su viernes de Dolores. Ella, la “diosa” de nuestros antepasados, la única que aceptó cambiar la historia de la humanidad sin condiciones, con solo decir al ángel “hágase en mí según tu palabra”.

Por todo esto y por mucho más, tenemos a gala salir y llenar nuestras calles. Participar todos a una, convertirnos en cofrades de acera sino habéis sido tocados por esa gracia de acabar siendo, como poco o como mucho, como la mitad de esta ciudad, cofrades milagro representados en los muchos jóvenes, jóvenes astorga-

nos, que han caído y -sin necesidad de hacerlo tres veces- se han enganchado a nuestra singular Semana Santa confirmando que todo Astorga se convierta en una extraordinaria procesión. O niños, como los que este año llevarán en volandas la nueva talla, el Cristo de la Obediencia. Ellos, como los jóvenes, y ellas, nuestras cofradías, hermandades y archicofradía, han sido capaces de alegrarse. Y alegrarse todavía más cuando sus desvelos se han multiplicado, cuando cofrades y damas viven en el compromiso el año entero y hacen de su sello penitencial un deber sin tiempo ni espacio para alegrarnos. Alegrarnos y sentirnos felices por saber de su generosidad, por haber sido capaces hasta de trasladar a las heridas costas del levante español su grito de solidaridad y esperanza.

Es casi Semana Santa y en Astorga ya huele a primavera. ¡Ay! Los olores, aquellos olores, todavía hoy presentes, de aquel chocolate y de aquellos churros, de aquellos cocidos maragatos convertidos por abuelas y madres en potajes de vigilia. Y qué decir de la pomada, de ese cuarto oscuro donde los higos y la canela eran el espíritu, a los que los días y las noches convertían en brebaje singular y único. Esa limonada -todavía hoy- capaz de resucitar a los muertos y, con nuestras saladi-llas y torrijas, hacer más creíble la Resurrección del único Hombre que es Dios y que regresa siempre a Astorga, cada año, para hacer que las campanas suenen casi siempre a gloria y se conviertan en signo distintivo de esta

ciudad, cruce de caminos, siempre dispuesta a ser parada y fonda, asilo y hospital de caminantes y peregrinos.

Y entonces, yo pregonero, os digo y le digo... me alegro. Me vuelvo alegrar porque Astorga y los astorganos somos la ciudad y los únicos españoles capaces de pasarnos la vida y la vida nos pasa alegrándonos. Me alegro con Él y como Él. Y hasta donde no lleguemos, lo ha dicho mi amigo y archivero Miguel Ángel González García, *“que Él nos lo regale en afecto, gratitud y cercanía”*. Me alegro de poder mirarnos a la cara, de cruzarnos en cada esquina, de intercambiarnos una sonrisa, un gesto, una palabra si es que somos incapaces de no robarle un minuto al tiempo para pararnos, para estrecharnos la mano y para dedicarnos otra vez nuestro “me alegro.” **ME ALEGRO**, convertido ahora, en este tiempo y más que nunca, en permanente oración. Muchas gracias, feliz Semana Santa, astorganos. Feliz Semana Santa, Astorga.

S.A.I. Catedral de Astorga,
5 de abril de 2025



EDITA:



PATROCINAN:

